

una pretensión simbólica. Según esta interpretación «de los aragoneses ha quedado cierta tolerancia en los negocios humanos y un indiscutible espíritu liberal; de los catalanes un factor económico cuya eficacia fecunda el carácter huertano en todos sus actos»; de Castilla... «en los medios sociales que fué menos intensa la influencia árabe, la nobleza, la austera moralidad en las costumbres, el elevado sentido del deber, el concepto de sacrificio y de la religiosidad acendrada». Para la aportación árabe queda «fatalismo, pereza, superstición, rutina, pasiones mal ordenadas, tristeza del bien ajeno, resistencia al progreso», en compensación «de ellos es también, como herencia sagrada, la hospitalidad...».

A nosotros nos toca estudiar lo que el paisaje puede poner, por lo menos como elemento unificador, para el surgimiento de un carácter regional, capaz incluso de dar lugar a una «herencia social» unitaria.

Partiremos del paisaje de la huerta. No creo que pueda haber duda que es sobre este paisaje sobre el que el alma de Murcia se ha formado y el que puede dar una peculiaridad al grupo regional, sin mengua, claro es, de los componentes de otras zonas del reino que habría que tomar en cuenta en una consideración más amplia.

Las descripciones de la vega del Segura son muy análogas en todos los tiempos, como si fuera difícil sobre ella la ocurrencia genial. Los árabes—según *Gaspar Remiro*—la llaman el jardín por el gran número de huertos que la ciñen y porque las orillas de su río están pobladas de multitud de huertos y jardines cuyos árboles dejan caer sus ramas hasta el suelo, abrumados por el peso de sus frutos. Su belleza es tanta que cuando forzosamente *Abduabdala Mohamed*, el *Andalosi*, se aleja de ella, canta:

